



9-84
"Caras y Caretas"
Buenos Aires. Agosto 1924
Pasó a Sur del destierro 1947
Tom X



STUVE aquí en París otra vez — y sólo otra vez he estado en él — hace treinta y cinco años, cuando iba a cumplir mis veinticinco, el año 1889, al celebrarse el centenario de la gran Revolución. Celebróse con una Exposición Universal y fué entonces cuando se inauguró la Torre Eiffel, que ha dejado de ser una novedad, que es ya un monumento tradicional y casi antiguo. Treinta y cinco años son bastantes para dar tradición y antigüedad hasta a un edificio; no digo a un hombre.

Le estoy buscando aquí, por París, estoy buscando al mozo pálido y soñador que vino acá de Bilbao, pasando antes por Italia y Suiza, y que a Bilbao se volvió desde aquí. Le estoy buscando y... no le encuentro. No encuentro al que fuí, y mucho menos al que pude haber sido. ¿Es que, de veras, pasé por París? ¿Es que París pasó por mí?

Un gran número de escritores y artistas han solido venir acá para hacer su París, para descubrirlo. París ha solido ser para muchos como la Roma del arte y de la Literatura. Y así como de la romería de los fieles cristianos podría hablarse de la «parisería» de los devotos de la gloria artística y literaria. Y esto sin hablar de la bohemia internacional y de sus melenas. Pero yo, por mi parte, no vine entonces, hace treinta y cinco años, acá, a hacer mi París ni a descubrirle. Vine de paso, muy de paso, a ver su Exposición y sin pensar prepararme aquí para la carrera de las letras. No vine a hacer, ni por el más breve espacio de tiempo, mi París. Y anhelaba salir de él porque el corazón me llamaba a otra parte.

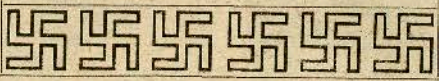
Se ha observado que esa juventud artística y literaria que acude acá, a París, en «parisería», viene atraída por la Gloria y por la Mujer. Es la Mujer lo que les llama; no la parisienne, ni la francesa, sino la mujer, la mujer cosmopolita. Y recordamos a este propósito aquella salida de un amigo nuestro, que como otro, recién casado, le dijera que se venía acá, a París, con su mujer, con su reciente mujer, le contestó: «¡A París y con la mujer? Eso es como ir a Escocia con un bacalao». Esta contestación responde a la leyenda del París cosmopolita y artificial, París de los «pariseros» y no de los parisenses.

Estuve aquí hace treinta y cinco años y año y medio más tarde me casaba, en mi nativa tierra vasca. Y cuando vine acá, toda mi obsesión era el hogar que me proponía fundar. Me escocía salir de aquí para volver a ver cuanto antes a la que era entonces mi novia, a la que es hoy mi mujer y la madre de mis hijos.

Y he aquí porqué París resbaló sobre mi espíritu.



TREINTA y CINCO AÑOS DESPUÉS



bre de Guernica aparece mucho más que el de las ciudades — Marsella, Florencia, Roma, Nápoles, Milán, Lucerna, Ginebra, París — que iba visitando. Es el diario de un nostálgico.

No he traído conmigo aquel diario donde especificaba mis paraderos y no he podido recordar el nombre del hotel en que aquí me albergué si es que sigue el mismo, y en el mismo sitio, al cabo de treinta y cinco años. Sólo recordaba que fué en la Plaza Vendôme y que veía la columna mientras escribía en mi diario de viaje y con una pluma — punzón acanalado más bien — de vidrio por cierto, que compré en la Exposición. Y anoche fuí a la Plaza Vendôme.

Fuí a la Plaza Vendôme y no me encontré; no encontré, errando por allí, la sombra de mi espíritu de los veinticinco años, no encontré al que fuí y mucho menos al que podría haber sido si hubiese venido acá en «parisería». No, no le encontré. Aquél, el del diario de viaje, el mozo, pálido y nostálgico, no estuvo aquí aunque por aquí pasó. Estaba en Guernica.

Es, pues, ahora la primera vez que vengo a París y la austera plaza Vendôme, tan recogida y tan regular, no me suscita ensueños de adolescencia. Aquel París festejaba el primer centenario de la Gran Revolución y entonces yo soñaba en otra cosa que en revoluciones de esas. ¿Quién me había de decir entonces que treinta y cinco años más tarde, cuando hubiesen fructificado mis amores de mozo, habrían de traerme acá vientos revolucionarios? ¿Quién habría de decirme que volvería con mi hijo mayor, con el primer fruto de aquellos ensueños, que me acompañaría en mi vuelta del destierro? He de volver a la Plaza Vendôme, he de volver allá, a ver si logro situar aquel hotel en que hacía correr sobre las páginas de mi diario de viaje la pluma de cristal y donde evocaba mis montañas vascas. París no era, no servía para mi hombre de los veinticinco años. Otra cosa es para el de los sesenta. Ahora sí que puedo mirarlo con ojos serenos, con ojos serenados por la lucha. En entonces recuerdo que la alegría estrepitosa de sus bulvares me molestaba; hoy me conmueve la resonancia de la tragedia por que ha pasado.

